

EL ESTATUTO DE PUERTO RICO EN *LA CASA DE LA LAGUNA* DE ROSARIO FERRÉ

La cuestión del estatuto¹ político de Puerto Rico respecto a EE.UU. ha determinado la política insular desde hace más de un siglo y, desde la creación del Estado Libre Asociado (ELA) en 1952, fue objeto de tres plebiscitos (1967, 1993, 1998). Al parecer todos sin solución satisfactoria, porque hasta hoy en día continúa el debate sobre si Puerto Rico debe buscar la independencia, mantener su estatuto ambivalente de ELA o pedir la estadidad y convertirse en el Estado número 51 de EE.UU. Las continuas discusiones en el seno de la sociedad puertorriqueña muestran la complejidad del problema, que implica no sólo aspectos políticos, sino también aspectos culturales, económicos, militares, etc....

En el presente artículo, estudiaremos cómo ha sido tratada esta cuestión del estatuto en *La casa de la laguna*² (1998) de Rosario Ferré, una novela en la que la situación histórico-política de Puerto Rico del siglo XX sirve de trasfondo para el relato que la protagonista Isabel Monfort va escribiendo sobre su familia y la de su marido, Quintín Mendizábal. Como belga, presentaremos una mirada desde fuera y partiremos de un análisis textual, aunque, al final, también relacionaremos el tratamiento de la cuestión política en *La casa de la laguna* con la postura de su autora, porque unas razones político-ideológicas han hecho de Rosario Ferré una figura bastante controvertida en la isla boricua. Así, se ha condenado rotundamente el que, a partir de *The House of the Lagoon* (1995), publicara primero en inglés, para luego traducir sus obras al español,³ puesto que el uso del español o del inglés tiene unas connotaciones políticas en Puerto Rico.

1. LA CASA DE LA LAGUNA, LUGAR DE AMBIGÜEDADES

Según Mercedes Rivas, Rosario Ferré mantiene cierta indefinición a la hora de encarar la cuestión política de la isla en *The House on the Lagoon*, "tal vez

¹ Hablamos de 'estatuto' de acuerdo con el D.R.A.E., aunque en Puerto Rico se suele utilizar el término inglés 'status'.

² Rosario Ferré, *La casa de la laguna*, Barcelona, Emecé Editores, 1998. En adelante citaremos por esta edición.

³ Nos ocuparemos sobre todo de la traducción española, salvo en el caso de que la discrepancia entre *La casa de la laguna* y *The House on the Lagoon* resulte bastante significativa. De todos modos, la diferencia entre ambos textos es mucho menor que la que existe entre *Maldito amor* (1992) y la versión inglesa *Sweet Diamond Dust* (1996), por ejemplo. Allí, no cabe hablar de original y traducción, sino más bien de dos versiones, según demuestra Lieve Behiels en "Las estrategias de Rosario Ferré, ¿traductora?", Rita De Maesencer (ed.), *Convergencias e interferencias. Escribir desde los borde(r)s*, Valencia, Ediciones Ex Cultura, 2001; pp. 103-115.

con el deseo de que el lector se interrogue a sí mismo sin manipularlo".⁴ En principio, la propia composición de la novela efectivamente favorece la presentación de una variedad de opiniones y, por tanto, una visión bastante matizada sobre la situación histórico-política de Puerto Rico. Como se atribuye la creación del relato a la protagonista Isabel y como su marido Quintín va leyendo y criticando el manuscrito, la novela es al mismo tiempo producto, proceso y reflexión literarios, y no siempre resulta fácil desenmarañar las distintas voces narrativas. Para indicar la confrontación y la interacción de las voces de Isabel y de Quintín, María Caballero incluso habla de un "desdoblamiento del discurso narrativo en dos vías paralelas e interrelacionadas".⁵ Sin embargo, el concepto de discursos paralelos no nos parece muy acertado, puesto que Quintín no logra apoderarse del discurso sino a escondidas y sus acotaciones se quedan, literal y figuradamente, al margen de la historia de Isabel. Además de expresar las ideas de Isabel y Quintín, *La casa de la laguna* también refleja las opiniones de personajes secundarios, o bien mediante el estilo directo o bien mediante el discurso indirecto libre. Esta composición dialógica, hasta polifónica, de la novela sugiere "la inexistencia de una única verdad"⁶ y hace que *La casa de la laguna* resulte tan confusa y engañosa como la misma casa de la laguna donde viven Isabel y Quintín: "en la casa de la laguna, las cosas a menudo resultaban engañosas, y siempre había lugar para la ambigüedad o la duda" (p. 252). A esto se añade que, a menudo, las posturas radicales son atenuadas mediante un dejo de ironía. Un tercer procedimiento para sembrar dudas y para relativizar lo narrado consiste en poner de relieve, dentro de la novela, la inevitable subjetividad de cualquier discurso sobre la realidad. Quintín nos enseña que uno de los refranes favoritos de Isabel era: "Nada es verdad, nada es mentira, todo es según el color de cristal con que se mira" (pp. 120-121). A continuación, averiguamos con qué cristales se mira en *La casa de la laguna*.

2. LA POSTURA DE LOS PERSONAJES

Empezamos por comentar la postura que adoptan los personajes respecto al estatuto de Puerto Rico. Las referencias a la cuestión política cobran mayor importancia hacia el final del relato cuando se comenta un referéndum que supuestamente se hubiera celebrado el 7 de noviembre de 1982, pero cuyos resultados de hecho reflejaron los de 1993.⁷ No obstante, ya antes en *La casa*

⁴ Mercedes Rivas, "Escribir la historia ¿colonial? de Puerto Rico, *The House on the Lagoon* de Rosario Ferré", Celia Parcero Torre y María Emelina Martín Acosta (coord.), Cuba y Puerto Rico; en torno al 98, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1998, p. 163.

⁵ María Caballero, *Ficciones Isleñas. Estudios sobre la literatura de Puerto Rico*, San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1999; p. 125.

⁶ *Op. cit.*; p. 119.

⁷ En noviembre de 1993, el 48.5% de los puertorriqueños votó por el Estado Libre Asociado, el 46.2%

de la laguna, Isabel había enumerado las tres opciones: “Tenemos tres partidos y tres colores con los que nos identificamos: la estadidad y el Partido Nuevo Progresista son azules, el Estado Libre Asociado y el Partido Popular son rojos, y la independencia es verde” (p. 196). Aunque la opción de la independencia nunca obtuvo más del 6% de los votos en los plebiscitos, en la novela de Ferré el verdadero dilema no parece situarse entre ELA y estadidad sino entre independencia y estadidad: el ELA apenas se considera como una opción válida. Si representamos mediante un árbol genealógico la postura independentista en negrita y la estadista en cursiva, salta a la vista que tanto la familia de Isabel como la familia de Quintín se encuentran divididas por unos desacuerdos políticos:

don Esteban x ...

 |
 Madeleine x Arístides

 Abby x ...

 | |
 Rebeca x Buenaventura Carmita x Carlos

 | |
 Quintín x ¿Isabel?

 |
 Manuel ♥ Coral

Luego, notamos cierta simetría invertida entre ambas familias: Isabel, cuya actitud es bastante ambigua, se ha adherido a ideales independentistas bajo la influencia de su abuela Abby, mientras que a Quintín le simpatiza la estadidad por su vínculo con su abuelo Arístides y si los padres de Isabel son estadistas, los de Quintín son independentistas. A continuación, estudiamos más a fondo la motivación de estos personajes para apoyar una de las tres opciones políticas.

2.1. EL ESTADO LIBRE ASOCIADO

El único personaje que de algún modo defiende el ELA es la protagonista Isabel, que, además, se declara “apolítica” (p. 196):

Mucha gente ve el Estado Libre Asociado como algo transitorio. Probablemente es lo que más nos conviene, pero no puede durar para siempre. La gente quiere tener una idea clara de lo que es; le gusta ver las cosas en blanco en negro, firmadas y selladas

se pronunció pro-estadidad, el 4.4% quería la independencia y el resto votó nulo (ef. Ute Guthunz, “Beyond Decolonization and Beyond Statehood? Puerto Rico’s Political development in Association with the United States”, *Iberoamericana*, 21: 3/4 (67/68) (1997); p. 51). En *The House on the lagoon*, el supuesto plebiscito de 1982 refleja fielmente los resultados de la consulta celebrada en 1993: “Commonwealth got forty-eight percent. Statehood forty-six percent, and Independence four percent” (Rosario Ferré, *The House on the Lagoon*, London, Abacus, 1996; p. 396). Curiosamente, en la traducción española, la narradora subió el porcentaje para los independentistas en un 2%, atribuyéndoles también los votos nulos: “el Estado Libre Asociado recibió un cuarenta y ocho por ciento de los votos; la estadidad un cuarenta y seis por ciento y la independencia el seis por ciento” (p. 4 18).

al pie de la página. El propósito de un *commonwealth* es, precisamente, salvaguardar la posibilidad del cambio. Es la solución política más flexible e inteligente pero nos hace sentir inseguros, en peligro de perdernos.⁸ Por eso, estoy segura de que algún día tendremos que escoger entre la estadidad y la independencia. (p. 197)

Este tipo de indecisión política es claramente desprestigiado tanto por unos independentistas ‘duros’ como por un estadista. El grupo ficticio de activistas independentistas (burlonamente llamados ‘los AK 47’ como un tipo de ametralladora) considera votar por el ELA como cobardía: “El miedo mantenía a la isla equilibrada sobre el filo del cuchillo. [...] Miedo a escoger por fin un camino, a abandonar la esquizofrenia colectiva. Después de todo, votar a medias era una manera de no decidirse” (p. 382). El estadista Quintín, por su parte, opina que “el ELA no es más que una bambalina falsa” (p. 412) y que “El Estado Libre Asociado, creado en 1952 por Luis Muñoz Marín, en realidad no contaba. Votar por el Estado Libre Asociado era quedarse a vivir en Babia” (p. 162).

2.2. LA INDEPENDENCIA

Si el ELA no puede perdurar en *La casa de la laguna*, notamos que la opción independentista tampoco es representada de manera muy positiva. Cabe señalar, sin embargo, que la narradora Isabel distingue claramente entre, por una parte, las personas que anhelan la independencia de manera pacífica y, por otra parte, los nacionalistas que no temen la violencia para buscar la independencia: “No todos los independentista eran terroristas: la mayoría eran ciudadanos que cumplían con la ley y que luchaban por la independencia con métodos pacíficos” (p. 418). Para comentar la representación del movimiento independentista, hacemos la misma distinción.

2.2.1. INDEPENDENTISTAS ‘PACÍFICOS’

Hablando de los personajes que se adhieren a la independencia, cabe volver sobre la postura de la protagonista Isabel. Aunque su indecisión política la lleva a defender el ELA, pero la impide votar, según su marido Quintín sí “vota por la independencia” (p. 161) y ella misma admite que antes de volverse indecisa sentía una “gran simpatía por la independencia” (p. 196). Según sugiere la propia Isabel, son unas consideraciones materialistas las que han sembrado duda en su corazón: “Quizá, mi indecisión se remonta a la época en que me sentaba de niña [...] con el catálogo de Sears sobre las rodillas, anhelando la independencia y a la misma vez soñando con que nuestra isla formara parte

⁸ Nótese que en *The House on the Lagoon* la narradora no se incluye dentro del grupo que se siente inseguro con el ELA: “It’s the most flexible and intelligent political solution for us, but it makes others feel insecure, in danger of losing themselves” (p. 184, énfasis nuestro).

del mundo moderno” (pp. 196-197). Formula el mismo dilema entre ideales independentistas y el mundo moderno cuando opone de manera tajante la estadidad a la independencia mediante una comparación bastante paternalista y pro-norteamericana:

Como yo lo veo, nuestra isla es como una novia siempre a punto de casarse. Si algún día Puerto Rico escoge ser un estado de la Unión, tendrá que aceptar el inglés, el lenguaje de su futuro esposo, como su lengua oficial junto con el español, no sólo por ser el lenguaje de la modernidad y del progreso, sino por ser el lenguaje del poder en el mundo de hoy. Si la Isla escoge la independencia y decide quedarse soltera, por otra parte, tendrá que sacrificarse, y aceptar la pobreza y el atraso que significará vivir sin los beneficios y la protección de Estados Unidos. Independientes no seremos más libres, porque los pobres no son libres. Desgraciadamente, es muy posible que caigamos víctima de uno de nuestros caciques políticos que siempre están velando tras bastidores el momento de usurpar el poder. No me cabe la menor duda de que la independencia nos atrasaría más de un siglo, y que significaría un enorme sacrificio. Pero ¿cómo dejar de ser lo que somos? (p. 197)

El que relacione la estadidad con el bilingüismo, ilustra muy bien que la cuestión de la lengua constituye una gran traba en los continuos debates acerca del estatuto de Puerto Rico: muchos boricuas temen que la progresiva americanización de la Isla desemboque en la pérdida de su lengua y cultura. Aunque también Isabel termina con la pregunta “Pero ¿cómo dejar de ser lo que somos?”, afirmando así su preocupación por la identidad puertorriqueña, su discurso nos parece mostrar sobre todo la dependencia de Puerto Rico y un gran complejo de inferioridad frente a EE.UU., presentados como bastión del progreso y de la democracia.

En lo que concierne a su postura política, Isabel ha sido fuertemente influida por Abby, su “abuela predilecta” (p. 112) y “una independentista furibunda” (p. 194) que, paradójicamente, también es seducida por el llamado progreso norteamericano: “Hojeando las páginas del catálogo de Sears, Abby se sintió alguna vez tentada a renunciar a sus ideales independentistas y a votar por la estadidad [...] pero nunca se decidió a hacerlo” (p. 196). Isabel destaca “lo contradictorias que eran las convicciones de Abby” (p. 196):

Abby quería que la Isla fuese independiente por razones morales, y yo estaba de acuerdo con ella en eso. Pensaba que Puerto Rico era un país distinto de Estados Unidos, y que pedir ser admitidos como un estado de la Unión no era justo con Estados Unidos, y a la larga, tampoco con nosotros. En cierto sentido, era como tratar de engañar al pueblo norteamericano, que nos había tratado tan bien. Pero Abby también daba una gran importancia al progreso, y valoraba su pasaporte norteamericano como si fuera una joya. (p. 196)

Rechazando la estadidad porque no quiere “engañar” a los norteamericanos (supuestamente) bienhechores, Abby en realidad invierte el razonamiento del movimiento independentista. Si éste opta por la independencia a fin de defender

la identidad puertorriqueña contra el dominio y la explotación norteamericanos, Abby sugiere que tan sólo su personalidad distinta les impide pedir la estadidad a Estados Unidos.

Pasando a la familia de Quintín, vemos que tanto su padre como su madre apoyan la independencia, aunque sea por razones muy distintas. La motivación de la madre de Quintín, Rebeca, es de índole personal. Su nuera, Isabel, sospecha que “las relaciones difíciles de Rebeca con su padre fueron la causa de su defensa del ideal de la independencia” (p. 111). Dado que Arístides Arrigoitia “era muy posesivo con su hija”, esta criolla aristocrática “vivía como una prisionera” (p. 110) y, una vez casada con Buenaventura, estaba subyugada a su marido. Rebeca apoya vehementemente la independencia, porque “si ella no podía ser libre, que al menos su país lo fuera” (p. 111). Es decir, su anhelo por la independencia política, de hecho, enmascararía su deseo frustrado de independizarse ella misma.

El padre de Quintín, Buenaventura Mendizábal, llegó desde Extremadura a la Isla de Puerto Rico en busca de fortuna, “sin un centavo en el bolsillo” (p. 25) pero con un pergamino que lo declaraba “descendiente de Francisco Pizarro” (p. 34). Poco tiempo después, logró casarse con Rebeca y fundar una empresa para importar todo tipo de productos alimenticios desde España. En cuanto comerciante y supuesto descendiente de un conquistador, evidentemente no le gusta que su “patria de adopción” esté bajo la tutela de nadie:

Buenaventura había desarrollado con los años cierta simpatía hacia la independencia y una vez, hasta donó dinero para la causa secretamente. Había vivido en la Isla durante muchos años, decía, más de los que había vivido en España, y se le hacía difícil aceptar que su patria de adopción no se gobernara a sí misma.⁹ No poder comerciar con otros países, por ejemplo, no tener un ejército propio, no poder votar por el presidente de la nación eran cosas que se hacía difícil aceptar a un descendiente de los conquistadores. (p. 257)

Si los españoles sojuzgaron a Puerto Rico durante cuatro siglos, Buenaventura ni siquiera se atreve a mostrar abiertamente que querría para Puerto Rico la autonomía a nivel económico, militar y político.

Por último, quisiéramos mencionar a Petra Avilés, que Buenaventura había traído desde Guayama para trabajar en la casa. Junto con su familia, Petra se instaló en los sótanos de la casa de la laguna y de “la criada personal de Buenaventura” (p. 79) pasó a ser su “mariscala” (p. 257). Imponiendo sus órdenes como verdadera matriarca, constituye la piedra angular de la casa de la laguna. Petra veneraba a Buenaventura como a un dios porque “venía de una familia de guerreros, como su abuelo” (p. 79), un jefe de tribu angolés esclavizado que había intentado rebelarse contra hacendados criollos. Curiosamente,

⁹ En *The House on the Lagoon*, esto se formula de manera más positiva: “[...] it was difficult for him to accept the fact that his adopted country was only partly self-governed” (p. 239).

olvida que fueron precisamente los antepasados de Buenaventura los que sometieron a esclavitud a su familia. A Quintín, en cambio, lo regaña porque ningún espíritu indómito puede aceptar y hasta desear la estadidad: “—¿Eres un guerrero valiente como tu padre o eres un cobarde? —le preguntaba con la cabeza en alto—. No me digas que le tienes miedo a la independencia y que te gustaría permanecer bajo la tutela de Estados Unidos para siempre” (p. 258). Petra ha heredado, sin duda, el espíritu rebelde de su abuelo e identifica la obtención de la independencia con el mantenimiento del orgullo tribal.

2.2.2. INDEPENDENTISTAS ‘DUROS’

Pasemos a comentar el núcleo duro del movimiento independentista: los nacionalistas que no temen la violencia para buscar la autonomía. El personaje independentista más radical es Coral. Estrictamente hablando, no forma parte de la familia Monfort Mendizábal, pero también entra en el relato, porque Manuel, el hijo de Isabel y Quintín, se enamora de ella. Poco después de conocer a Manuel, Coral ya intenta convencerlo de lo importantes que son sus ideales políticos:

Coral le explicó a Manuel que [...] el ideal más puro que uno podía tener era la independencia de la Isla. La estadidad era una barbaridad. Quería decir que el inglés sería nuestra única lengua oficial, y si hablábamos inglés, tendríamos también que sentir y pensar en inglés. Además, nos veríamos obligados a pagar contribuciones federales y no podríamos participar en los Juegos Olímpicos ni en el concurso de Miss Universo bajo nuestra propia bandera: todos golpes duros a nuestro orgullo. —Piensa en lo que te digo por un momento. Somos un país que, durante quinientos años, nunca hemos sido nosotros mismos. ¿No te parece trágico? (p. 362)

En la argumentación de Coral, predomina la preocupación por la identidad cultural de los puertorriqueños. En primer lugar, rechaza lo que según ella significaría la estadidad: la imposición del inglés como única lengua oficial. Isabel, por su parte, relaciona la estadidad con el bilingüismo y más adelante veremos que incluso el estadista Quintín aboga por el bilingüismo, de modo que Coral exagera quizá al suponer que la estadidad necesariamente eliminaría la lengua española en Puerto Rico. El fragmento citado también contiene mucha ironía: sugiere que los isleños solamente son capaces de suministrar manifestaciones tan frívolas como los Juegos Olímpicos y el concurso de Miss Universo... El argumento más válido parece ser el de las contribuciones federales, pero después se anula:

Los estadistas repetían una y otra vez los argumentos económicos por la radio y la televisión. Armados de estadísticas hasta los dientes, disparaban dólares y centavos como si fueran ametralladoras. [...] Aun después de pagar las contribuciones federales el saldo a favor de la estadidad era enorme [...]. —No hay quien pare la estadidad —le repetía Coral a Manuel, descorazonada—. No seremos nunca un país independiente, y hasta el Estado Libre Asociado corre peligro ahora. (p. 380)

Dado que hasta la independentista fanática Coral se desanima al escuchar “los argumentos económicos” de los estadistas durante la campaña electoral, cabe preguntarse si la independencia tiene realmente un portavoz en *La casa de la laguna*.

En cuanto a Manuel, “no tenía ideales políticos de ninguna clase” (p. 364) y “siempre estaba de acuerdo con Quintín” (p. 362), su padre, que era estadista. Sin embargo, cuando se enamora de Coral, las cosas van cambiando. El desarrollo de su compromiso político resulta estrechamente ligado a su amor por Coral, por una parte, y al enfrentamiento con su padre, por otra parte. Un episodio clave narra cómo Quintín obliga a Manuel a quitar la bandera puertorriqueña que éste había clavado en su cuarto para recordar a su novia, pero que su padre interpreta como símbolo de simpatías independentistas. Manuel hace culminar el conflicto al declarar su intención de casarse con Coral Ustáriz. Como en este momento Manuel todavía niega ser independentista, nos enteramos de que no son razones políticas las que sacan de quicio a Quintín, sino prejuicios raciales: se opone categóricamente a una boda con Coral, porque es hija de una mulata. Una vez echado de casa, Manuel sí se compromete con la causa independentista: “Manuel se hizo miembro del Partido Independentista sólo para complacer a Coral, pero el resentimiento contra su padre lo fue radicalizando. Le repugnaba el conservadurismo político de Quintín, que pintaba la estadidad federada como la panacea de todos los males de la Isla” (p. 379). Como indica esta cita, el conflicto familiar se ha traspuesto al campo político.

Si, de manera simplista, Quintín ve en la estadidad el remedio para todos los problemas de Puerto Rico, el AK 47, un grupo de activistas independentistas al que se unen Coral y Manuel, promueve la independencia como la solución universal:

[...] el escalofriante incremento en el consumo de drogas, la tasa de desempleo que alcanzaba un dieciocho por ciento, los sueldos por debajo del salario mínimo, el deterioro de las escuelas públicas y de los hospitales municipales, la tasa de mortandad por homicidio —una de las más altas en el mundo— y los robos a mansalva. Todos estos males, insistían los AK 47, eran el resultado de la condición colonial de la Isla, que llevaba a la pérdida de la identidad y del respeto propio. (p. 381)

Los AK 47 que creían que “Puerto Rico debía ser una república socialista, estructurada libremente alrededor del modelo cubano” (p. 382) son representados como unos soñadores ingenuos y peligrosamente fanáticos a la vez:

Soñaban con una patria en la que todo el mundo fuera libre —de las drogas, de la ignorancia, de la pobreza—, donde nadie durmiera en sábanas de hilo bordadas y almohadones de pluma de ganso, como en la casa de la laguna, cuando otros tenían que dormir sobre piso de tierra. Y, lo que era más importante, querían ondear la bandera puertorriqueña y entonar el himno nacional sin que fuese un crimen [...]. Y como ellos sentían un verdadero amor por su patria y por el proletariado al que ahora

pertenecían, les dijeron los AK 47, todos los métodos de conquista eran válidos. Manuel y Coral estuvieron enteramente de acuerdo. (p. 382)

El radicalismo socialista / independentista de Manuel lo llevará no sólo a organizar una huelga contra lo que llama “el negocio fascista” (p. 414) de Quintín, sino también a pegar fuego a la casa de laguna, su casa familiar y símbolo de la injusticia social. Esta imagen apocalíptica cierra la novela y nos deja con la duda de si las llamas son purificadoras o meramente destructivas...

2.3. LA ESTADIDAD

En tercer lugar, estudiamos la postura de algunos personajes estadistas. Quintín ve “a Estados Unidos como ‘su’ verdadera patria” (p. 161) y considera la estadidad el único buen camino para salir del *impasse* en que se encuentra la Isla:

El plebiscito es, en realidad, una lucha entre la estadidad y la independencia; el ELA no es más que una bambalina falsa. Si gana la independencia, acabaremos todos comiendo plátanos y disparándonos los unos a los otros como en el tiro al pichón. Es lo que sucede en nuestras islas vecinas. (p. 412)

De su comentario se desprende un manifiesto menosprecio por las islas vecinas de Puerto Rico, vistas como verdaderas ‘repúblicas bananeras’. Ya había expresado el mismo desdén después de criticar la política lingüístico-escolar que el gobierno norteamericano había implantado durante la primera mitad del siglo XX a fin de asimilar culturalmente al pueblo puertorriqueño: “Pero aprender a hablar inglés le había dado a la Isla una ventaja enorme sobre sus vecinos. Gracias al inglés, los puertorriqueños ingresaron al mundo moderno, mientras Cuba, la República Dominicana y Haití todavía estaban en la Edad Media” (p. 162). Para Quintín, la solución al problema espinoso del lenguaje se encuentra en el bilingüismo, según nos enseña la narradora omnisciente:

Hoy día [en 1981], tanto el inglés como el español eran idiomas oficiales en Puerto Rico [...]. El uso oficial de ambos lenguajes era inevitable porque el desarrollo industrial y económico de la Isla se encontraba íntimamente imbricado al de Estados Unidos. Declarar el español el único idioma oficial de la Isla [...] provocaría una conmoción general.¹⁰ La gente no lo aguantaría; en el mundo de las leyes, como en el de la medicina y en el de los negocios, aquello era inaceptable. Quintín estaba seguro de

¹⁰ Nótese que, en 1991 (un año antes del quinto centenario del ‘descubrimiento’ de América), el gobernador Rafael Hernández Colón del Partido Popular Democrático (PPD) aprobó la Ley del idioma #4, que hacía del español el único idioma oficial de Puerto Rico —lo cual le valió al pueblo de Puerto Rico el premio Príncipe de Asturias por su defensa del español. En 1993, sin embargo, el gobernador estadista, Pedro Rosselló, revocó la ley y la sustituyó por una que proclamaba al inglés como segundo idioma oficial de Puerto Rico. (Véase Margarita Flores, “Cronología política y cultural de Puerto Rico”. *Iberoamericana*, 21: 3/4 (67/68) (1997); pp. 195-196.)

que un día Puerto Rico llegaría a ser bilingüe, sobre todo con los tres millones de puertorriqueños yendo y viniendo de los Estados Unidos. (p. 162)

Quintín es un miembro activo del partido estadista: asiste a sus mítines políticos (cf. p. 354) y después de la derrota electoral en el plebiscito incluso se prepara para una lucha armada “en caso de que los independentistas siguieran empujando a la Isla hacia la independencia” (p. 419). Su gran temor es que Estados Unidos les quite la ciudadanía norteamericana:¹¹

Los votos combinados de los estadolibristas y de los independentistas hacían imposible que Puerto Rico pidiera la estadidad ante el Congreso de Estados Unidos por ahora. Quintín se sintió aturdido. —La estadidad perdió por culpa del miedo —repetía frenético—. La campaña de los independentistas fue un éxito, amedrentaron a todo el mundo con sus tácticas terroristas, y la gente no se atrevió a votar por la estadidad. —Y otras veces añadía—: Nos estamos tambaleando al borde de un precipicio. Si persistimos en nuestra locura colectiva, un día el Congreso se cansará de nosotros y nos quitarán la ciudadanía norteamericana. (p. 418)

Si bien el terrorismo de algunos independentistas lo saca de quicio, él mismo recurriría a la violencia para llevar la estadidad a la victoria electoral....

Del mismo modo que Isabel atribuye sus simpatías independentistas quizá al vínculo con su abuela Abby, “a Quintín le simpatizaba la estadidad, quizá por su cercanía a su abuelo Arrigoitia. Arístides le había enseñado a admirar a Estados Unidos, una de las pocas democracias auténticas que existían en el mundo” (p. 257). Arístides Arrigoitia, hijo de inmigrantes vascos, pero “puertorriqueño de pura cepa” (p. 103), había sido educado por unas religiosas norteamericanas que, como indica Mercedes Rivas, “además de enseñar el idioma [inglés] a Arístides Arrigoitia, le contagiaron su admiración por los Estados Unidos, cuya historia era la única que enseñaban”¹² porque en la opinión de las monjas Puerto Rico sólo “empezó a existir políticamente cuando las tropas norteamericanas desembarcaron por Guánica” (p. 106). Adoctrinado de tal modo, Arístides “veía la lucha por la estadidad como una cruzada sagrada” (p. 107) y se sentía halagado cuando el gobernador norteamericano Blanton Winship lo hizo comandante de la policía para “cazar un número específico de nacionalistas al día” (p. 142). En la novela, es también Arístides Arrigoitia quien causó uno de los grandes traumas en la memoria histórica puertorriqueña, la Masacre de Ponce de 1937.¹³ Obedeciendo a las órdenes que el gobernador

¹¹ El cuento “La extraña muerte del Capitaneito Candelario”, recogido en *Maldito amor* (1986), sugiere que se desataría una guerra sangrienta entre independentistas y estadistas, si algún día Estados Unidos decidiera dar la independencia a Puerto Rico. (Véase Rosario Ferré, *Maldito amor*, Barcelona, Emecé Editores, 1998).

¹² Mercedes Rivas, *op. cit.*; P. 160.

¹³ Basándonos en Díaz Soler, describimos ‘la Masacre de Ponce’ de la siguiente manera: el Domingo de Ramos, 21 de marzo de 1937, los cadetes nacionalistas querían celebrar una marcha en Ponce en conmemoración de los caídos por la causa; el alcalde les había concedido un permiso pero dos horas

Winship le comunicaba por teléfono, Arrigoitia “dio la orden de disparar” contra los cadetes nacionalistas, aunque se daba cuenta de que “fusilar niños no iba a solucionar nada, y menos el Domingo de Ramos, un día de paz” (p. 144). Para Arístides Arrigoitia la historia acabó mal. El gobernador le echó la culpa del tiroteo, Arístides fue destituido como comandante de la policía y tuvo que cumplir una sentencia en su domicilio. Todo esto confirma uno de los problemas psicosociales que René Marqués le atribuye al puertorriqueño en su famoso ensayo *El puertorriqueño dócil* (1960): su carácter obediente y manejable, resultado de un patético complejo de inferioridad.¹⁴

La abuela de Quintín, la norteamericana Madeleine, nunca aprendió a hablar español, a pesar de vivir en la Isla y de casarse con Arístides. Opina que Puerto Rico no es capaz de gobernarse a sí mismo, según lo que dice a Buena Ventura: “¡Ay de ustedes si les quitan la ciudadanía americana! [...] Aquí reinará el caos y nadie sabrá qué hacer” (p. 134).

El padre de Madeleine, don Esteban Rosich, por su parte, siente una verdadera gratitud frente a Estados Unidos —a lo mejor porque, antes de retirarse a Puerto Rico, hizo una fortuna en Boston, importando zapatos desde su patria Italia: “Los habitantes de esta isla recibieron un privilegio enorme cuando los hicieron ciudadanos norteamericanos hace diecinueve años. Deberían peregrinar de rodillas hasta Washington, a rogarle al Senado que les den la estadidad” (p. 133).

En cuanto a la familia de Isabel Monfort, sólo cuenta dos estadistas: sus padres Carlos y Carmita. Sabemos poco de sus motivaciones, pero suponemos que predominan las consideraciones materiales, porque en la casa de Isabel el catálogo Sears desempeña un papel crucial, según nos enseña Isabel:

Como la mayoría de las familias de la Isla, la nuestra estaba dividida políticamente. Carmita y Carlos creían en la estadidad, y Abby era una independentista furibunda. Pero a todos nos encantaba hojear el catálogo de Sears. Tenerlo a mano era reconfortante, prueba irrefutable de que éramos parte de Estados Unidos. No éramos como Haití ni la República Dominicana, en donde la gente todavía no había oído hablar del teléfono y conservaba los alimentos en cajas de madera con bloques de hielo, en vez de en neveras General Electric. (p. 194)

antes del comienzo previsto lo revocó; había resfueros policiacos en la ciudad, cuando los cadetes iniciaron el desfile a pesar de la revocación del permiso, se oyó un disparo que ocasionó la muerte de un policía insular y que dio lugar a la masacre: aproximadamente 19 personas perdieron la vida y un centenar de personas resultaron heridas, sobre todo nacionalistas. (cf Luis Manuel Díaz Soler, *Puerto Rico: luchas por estabilidad económica, definición política y afirmación cultural (1898-1996)*, San Juan, Isabela Printing, 1998; pp. 246-247).

¹⁴ cf. René Marqués, *El puertorriqueño dócil y otros ensayos (1953-1971)*, San Juan, Antillana, 1997; pp. 153-154.

Aunque para Isabel y sobre todo Abby los ideales independentistas también son importantes, toda la familia Monfort comparte la pasión por el progreso norteamericano y, al igual que Quintín, un desdén por las Antillas vecinas.

3. EL TRATAMIENTO DE LA HISTORIA DE PUERTO RICO

Después de comentar lo que opinan los personajes sobre el estatuto de Puerto Rico, comprobaremos si la narradora Isabel revela alguna predilección política a la hora de seleccionar y representar eventos o períodos de la historia isleña. Algunas cronologías relatan la historia de Puerto Rico a partir del 19 noviembre de 1493, es decir a partir del desembarco de Cristóbal Colón en la isla de Borikén.¹⁵ Así, sugieren que la época taína no tiene importancia alguna y que la Isla nace con el asentamiento español en Puerto Rico. Lo mismo ocurre a partir de 1898. Durante la colonización norteamericana, el nuevo invasor también calla la historia precedente de la Isla boricua a fin de favorecer la sumisión a su proyecto colonizador. En *La casa de la laguna*, el relato arranca el 4 de julio de 1917, o sea el primer 'American Independence Day' después de la aprobación de la Ley Jones que les dio (¿o impuso?) la ciudadanía estadounidense al pueblo puertorriqueño. Este comienzo nos parece sumamente significativo, porque así la narradora apenas menciona la Carta Autonómica de 1897 que liberó a Puerto Rico de la colonización española. No se refiere sino una vez a esta Carta y, además, insiste en que el pueblo puertorriqueño nunca había conseguido la ciudadanía puertorriqueña: "España nos concedió la autonomía seis meses antes de perder la guerra hispanoamericana, pero la ciudadanía puertorriqueña se malogró. Teníamos que viajar con pasaporte español, y lo perdimos al finalizar la guerra" (p. 26). Parece que prefiere edulcorar que los norteamericanos invadieron una isla autónoma bajo el pretexto de liberarla del yugo colonial, del mismo modo que pasa por alto el período del gobierno militar (1898-1900) y el gobierno de la ley Foraker (1900-1917), unas épocas que resultan poco favorecedoras para la imagen de Estados Unidos. En 1917, sin embargo, el pueblo puertorriqueño por fin obtuvo un gobierno algo más conforme a los principios democráticos del supuesto 'libertador' norteamericano.

Mediante la Ley Jones, firmada el 2 de marzo de 1917 por el presidente Woodrow Wilson, efectivamente se hizo extensiva a Puerto Rico la ciudadanía estadounidense, se permitió la elección de la legislatura por el pueblo puertorriqueño y quedaron separados los tres poderes del gobierno. Luego, la narradora sugiere que el 4 de julio los puertorriqueños estaban festejando el "magno suceso" de la Ley Jones (p. 26), mientras que las festividades, de hecho, estaban destinadas a celebrar el 'Independance Day' de los norteamericanos. Además, se representa el pasaporte americano como un verdadero "talismán" (p. 26):

¹⁵ Véase, por ejemplo, Margarita Flores, *op. cit.*; p. 179.

[...] la noticia de que les [= a los puertorriqueños] habían concedido la ciudadanía norteamericana, así como el pasaporte con el águila áurea estampada encima, estaba celebrándose con aquellas fiestas extraordinarias. De ahora en adelante, sería su escudo mágico; podrían viajar a cualquier país del mundo, por más peligroso o exótico que fuera, tendrían derecho al asilo político en la embajada norteamericana, y el embajador los ayudaría en cualquier situación. (p. 27)

Sin embargo, cabe matizar esta imagen extremadamente positiva de la ciudadanía, porque el Acta Jones tenía motivos y efectos bastante ambiguos. Primero, como admite el mismo Jones, su ley estaba destinada a conservar la Isla para siempre y a callar las reclamaciones independentistas: “This bill is framed upon the idea that Porto Rico is to remain a permanent possession of the United States. It proposes to settle this question and thus remove it from Porto Rican politics”.¹⁶ En segundo lugar, llama la atención que el Acta Jones se haya implantado justo antes de que EE.UU. le declarara la guerra a Alemania el 6 de abril de 1917. Debido a esta declaración de guerra, también se extendió a Puerto Rico “la Ley de Servicio Militar Obligatorio en mayo de 1917”,¹⁷ de modo que unos 20,000 isleños participaron en la Primera Guerra Mundial, luchando en las Fuerzas Armadas de EE.UU.¹⁸ Si bien es cierto que muchos puertorriqueños se inscribieron voluntariamente, nos parece discutible que *La casa de la laguna* presente el reclutamiento obligatorio como un alistamiento meramente voluntario:

[...] los que desearan alistarse como voluntarios en el ejército norteamericano podrían hacerlo aquella misma tarde. Buenaventura pensó que nadie acudiría, y se rió para sus adentros al escuchar aquel llamado, pero se llevó un chasco monumental. Sucedió todo lo contrario. El alistamiento empezó en cuanto se terminó el desfile, y en tres horas se cubrió la cuota que se le había asignado al nuevo territorio. “Razones tendrán para irse —le comentó Buenaventura a un amigo al día siguiente en una carta—. Sospecho que aquí ha habido una hambruna más gorda que en Valdeverdeja. [...] en esta Isla, no debería existir el hambre. [...] Y menos ahora, con los miles de dólares que los norteamericanos están invirtiendo en ella.” (pp. 30-31)

Buenaventura insinúa que los puertorriqueños preferían la guerra ultramar a la hambruna en la Isla. También comenta que le asombra la pobreza en Puerto Rico, sobre todo con las inversiones masivas de EE.UU., si bien la penuria, de hecho, se debía en gran parte a las devastaciones de la guerra hispanoamericana, a la devaluación del peso y a las tarifas comerciales que impuso el gobierno

¹⁶ Ronald Fernández, *The Disenchanted Island. Puerto Rico and the United States in century*, 2a ed. (la ed. 1992), Estados Unidos, Praeger, 1996; p. 66.

¹⁷ Héctor Andrés Negroni, *Historia militar de Puerto Rico. En conmemoración del encuentro de dos mundos*, Madrid, Ediciones Siruela, 1992; p. 439.

¹⁸ cf. Magaly Rivera. “Welcome to Puerto Rico! History”, <http://www.topuertorico.org/history5.shtml> (Copyright© 1995-2001)

militar (1900-1917).¹⁹ Por boca de Buenaventura, se sugiere que los isleños idealistas ven la participación en la guerra como una cuestión de honor y que hasta los escolares querían contribuir a la defensa de la nación norteamericana (cf. p. 33). En realidad, la participación en los conflictos norteamericanos²⁰ ha sido traumática para el pueblo boricua, dado que muchos isleños resultaron muertos, heridos o perturbados. No obstante, apenas se refiere a estas víctimas en *La casa de la laguna*: sólo se menciona que en un arrabal llamado Las Minas “vivían muchos veteranos mancos y cojos de la guerra de Vietnam” (p. 329).

Además, la novela tampoco destaca ni una sola vez el gran interés militar que sigue teniendo Puerto Rico para EE.UU. Si bien es cierto que la cuestión de Vieques, por ejemplo, todavía no calentaba tantos ánimos en la Isla cuando Rosario Ferré escribió *La casa de la laguna*, llama la atención que esta novela histórica calle por completo el (ab)uso de Puerto Rico como enclave militar,²¹ tanto más cuanto que en *Maldito amor* (1986) la misma autora todavía se preguntaba: Puerto Rico, “¿base nuclear y militar, o puente conciliador entre las dos culturas?”.²² ¿Quizá prefiere silenciar que los ejercicios navales han causado serios daños ecológicos, sanitarios, comerciales, turísticos y arqueológicos a la población puertorriqueña, en particular a la viequense? Un detalle interesante: recientemente, su padre Luis A. Ferré se declaró “en favor de la permanencia y bombardeos de la Marina en Vieques, contrario al consenso de la mayoría de los puertorriqueños”.²³ Sin duda, Rosario Ferré juzgó más prudente no referirse a la presencia del Navy en Puerto Rico a la hora de escribir *La casa de la laguna*.

El abuso militar de Puerto Rico fue, además, una de las razones por las

¹⁹ cf. Fernández, *op. cit.*; pp. 4-6.

²⁰ Durante la Segunda Guerra Mundial, más de 72 mil puertorriqueños hicieron servicio militar, durante la Guerra de Corea (1950-1953) se alistaron más de 43 mil isleños y, en la Guerra de Vietnam (1961-1975) participaron más de 48 mil boricuas (cf. Héctor Andrés Negroni, *op. Cit.*; pp. 445-447).

²¹ En 1903, el presidente Roosevelt asignó la isla de Culebra a la Marina de Guerra de EE.UU.; en 1940, la Armada estadounidense expropió dos terceras partes de la isla de Vieques, bajo el pretexto de necesitar estos terrenos para la defensa nacional durante la Segunda Guerra Mundial, en 1943 se construyó la base naval de Roosevelt Roads en Ceiba; de 1960 a 1975 los puertorriqueños lucharon por el retiro de la Marina de Culebra; en 1975, la Marina efectivamente abandonó la isla municipio de Culebra, pero simplemente desplazó sus maniobras y bombardeos militares a Vieques, a partir del 19 de abril de 1999. Cuando dos bombas accidentalmente causaron la muerte del guardia civil David Sanes Rodríguez, la gran mayoría de los puertorriqueños ha reclamado el cese de los bombardeos y muchos han llevado a cabo actos de desobediencia civil para impedir las maniobras en la Isla Nena, o sea Vieques. En un referéndum celebrado el 29 de julio de 2001 en Vieques, la opción del cese inmediato y permanente de los bombardeos obtuvo el 68%, pero George W. Bush propone que la Marina siga bombardeando hasta mayo del 2003. Hasta hoy en día sigue la lucha pacífica por una Vieques libre...

²² Rosario Ferré, *Maldito amor*, Barcelona. Emecé Editores, 1998; p. 18.

²³ Luis Negron Fernández, “Cronología del caso de la Marina en Vieques: 1940-2000”, <http://www.preb.com/apuntes5/vieqeron.htm>, ©2001, Puerto Rico en breve.

que el famoso líder independentista Pedro Albizu Campos²⁴ luchó contra la colonización norteamericana. La narradora menciona a Albizu Campos por primera vez cuando habla de los enfrentamientos entre la policía y los activistas nacionalistas durante los años 30. Dado que pasa sin conexión alguna del “último tiroteo nacionalista” a un comentario sobre Albizu Campos, lo indica implícitamente como culpable:

El gobernador Winship estaba furioso por culpa del último tiroteo nacionalista, durante el cual varios agentes de la policía habían muerto asesinados. Pedro Albizu Campos, el hijo de un hacendado de Ponce y una mujer mulata, era, sin duda, un fenómeno interesante. Nadie entendía cómo había logrado estudiar leyes en Harvard, en donde combinó sus estudios legales con los de ciencia militar, y se graduó a la cabeza de su clase. Allí se hizo amigo de los nacionalistas irlandeses, quienes acababan de lograr su independencia en 1916 gracias a los jóvenes martirizados durante el Domingo de Pascua. Albizu regresó a Puerto Rico y fundó el Partido Nacionalista en 1932. En Puerto Rico se moría de hambre, pero no había mártires. Albizu decidió que había que crearlos. Empezó un ataque frontal contra el imperialismo americano para provocar un bautismo de sangre. Se nombró a sí mismo presidente de la República y empezó a arengar a las masas, azuzándolas a “luchar contra el invasor”, con palos y piedras si fuera necesario. Cuatro años después, en 1936, lo arrestaron y le celebraron el juicio. Lo encontraron culpable de sedición y fue a parar a la cárcel. (p. 132)

Los estudios que hizo Pedro Albizu Campos en Harvard y el contacto que estableció con nacionalistas irlandeses sin duda desempeñaron un papel importante en el desarrollo de sus ideas políticas. No obstante, como ‘The Easter Rising’ de 1916 sólo desembocó en la muerte de muchos nacionalistas irlandeses y que el primer paso a la independencia de Irlanda del Sur no se logró sino el 14 de enero de 1922 con el tratado del ‘Free State with dominion status’, Isabel insiste sin razón en el martirio de los ‘Irish Volunteers’, del mismo modo que reduce la estrategia política de Albizu a la creación de “mártires”. Silencia que Albizu Campos inicialmente usaba una estrategia reformista: abogó por redactar una Constitución que creara dignidad para el pueblo puertorriqueño, creyendo ingenuamente que el congreso estadounidense nunca rehusaría un proyecto legal acorde con la filosofía de la constitución norteamericana.²⁵ Si bien es cierto que después de su derrota electoral en 1932, Albizu desencadenó una lucha vehemente contra el colonialismo norteamericano y que juró sacrificar vida y hacienda si fuera preciso por la independencia de su patria,²⁶ nos parece injusto que la narradora le atribuya la voluntad de provocar un

²⁴ Examinar a fondo esta figura emblemática y sumamente controvertida excede el marco del presente artículo. Para más información sobre Pedro Albizu Campos, véase por ejemplo: Juan Manuel Carrión (ed.), *La Nación puertorriqueña: ensayos en torno a Pedro Albizu Campos*, San Juan, Editorial Universidad de Puerto Rico, 1993 o Luis Ángel Ferrao, *Pedro Albizu Campos y el nacionalismo puertorriqueño*, Río Piedras, Editorial Cultural, 1990.

²⁵ Cf. Fernández, *op. cit.*; p. 96.

²⁶ Cf. Fernández, *op. cit.*; p. 189.

“bautismo de sangre”, sin explicación alguna de su motivación política.²⁷

El gobernador Blanton Winship (1932-1940) tuvo tantos problemas con los nacionalistas que en 1935 decidió nombrar al Coronel Elisha Francis Riggs jefe de la Policía Insular, pero éste fue asesinado poco después de su llegada a la Isla. Furioso por el asesinato de Riggs, Winship nombra —en *La casa de la laguna* por lo menos— a Arístides Arrigoitia como jefe de policía y detiene a Pedro Albizu Campos junto con seis otros nacionalistas.²⁸ Como dijimos, en la novela, Arístides es también el responsable de la Masacre de Ponce de 1937. Suponemos que la narradora sustituye al jefe de la policía histórico, el Coronel Orbeta, por este personaje ficticio para insertar uno de los sucesos más sonados de la historia puertorriqueña en su relato familiar. Luego, al contar la tragedia, acentúa particularmente la inocencia de los manifestantes nacionalistas:

Los nacionalistas [...] enviaron a sus cadetes más jóvenes a la manifestación, así como un buen número de ancianos y de enfermeras. Estaban inermes; ésa había sido la condición del alcalde, al darles permiso para la marcha. [...] Algunos cadetes cargaban rifles de madera sobre los hombros, otros llevaban sables de latón terciados a la cintura, la parafernalia de entrenamiento de un ejército pobre. [...] Muchos de los cadetes no tenían más de quince o dieciséis años, y miraban a Arrigoitia como desafiándolo a que disparara. Con sus rifles de madera parecían niños rebeldes jugando a la guerra. (p. 143)

Si bien es cierto que Isabel claramente simpatiza con las víctimas de la Masacre de Ponce, llama la atención que *La casa de la laguna* ofrezca sobre todo la opinión devastadora de Quintín respecto al movimiento nacionalista. Cuando Quintín lee cómo su esposa relata la Masacre de Ponce, se indigna mucho:

Lo que más le molestaba a Quintín era la irresponsabilidad histórica de Isabel. Por ejemplo, describía a los cadetes nacionalistas casi como si fueran mártires. [...] Todo eso era falso. Entre los cadetes había gente de todas las edades, credos y colores. Una sola cosa tenían en común. Si se dejaban ejecutar a sangre fría, era porque asesinaban a sangre fría. El gobernador Winship había tenido razón al insistir en que había que exterminar a los nacionalistas a como diera lugar. Eran unos fanáticos sedientos de sangre; [...]. (pp. 163-164)

También se relatan los ataques nacionalistas de 1950 y de 1954 desde el punto de vista de Quintín.

²⁷ Nótese que, en *The House on the Lagoon*, la narradora sí menciona un argumento legal de Pedro Albizu Campos, conocido como la ‘tesis albizuista’ sobre el Tratado de París —sin duda porque el público norteamericano no, o apenas, lo conoce: “Albizu maintained that Puerto Rico had been illegally ceded to the United States by Spain at the end of the Spanish-American War; since in 1897 we had been granted autonomy by the Spanish courts” (p. 117).

²⁸ Cf Díaz Soler, *op. cit.*; p. 232.

Quintín soportaba a los independentistas a duras penas, pero a los nacionalistas les tenía una ojeriza terrible. Eran unos resentidos y unos acomplejados. Un día se despertaban sintiéndose que no valían nada y decidían coser a tiros al presidente. Ya había sucedido una vez, y volvería a suceder. En 1950 atentaron contra la vida del presidente Truman durante el tiroteo de la Casa Blair. Unos años después, en 1954, una costurera con aspiraciones a modelo de Vogue: Lolita Lebrón; el hijo de un ebanista con el aspecto elegante de un actor de cine: Rafael Cancel Miranda, y dos tipos chaparros que más parecían jockeys que terroristas: Irving Flores y Andrés Figueroa Cordero, le cayeron a balazos a la Cámara de Representantes en Washington. (pp. 161-162)

El 1 de noviembre de 1950, Oscar Collazo y Griselio Torresola atacaron la Casa Blair (la residencia temporal del presidente Truman en Washington), porque querían evitar que se perpetuase el colonialismo en Puerto Rico mediante el nuevo estatuto político que Luis Muñoz Marín estaba impulsando²⁹ y, en 1954, cuatro nacionalistas asaltaron el Congreso norteamericano “para protestar por la implantación del Estado Libre Asociado [que entró en vigor en 1952]”.³⁰ Por muy repugnante que sea la violencia, el fragmento citado completamente desvirtúa y ridiculiza las acciones del Partido Nacionalista y tampoco se cuenta cuán duras eran las represalias que tomó Muñoz Marín a base de la ‘Ley de la Mordaza’.³¹ En fin, además de cuestionar el ideal independentista y de insistir en las posibles desventajas económicas de la independencia, la novela de Ferré desprestigia al nacionalismo, identificándolo con terrorismo y gente frustrada.

4. LA POSTURA DE LA AUTORA ROSARIO FERRÉ

Estudiar la cuestión del estatuto en *La casa de la laguna* nos ha parecido tanto más interesante cuanto que Rosario Ferré es una persona bastante polémica en Puerto Rico. En primer lugar, pertenece a una de las familias más poderosas de la Isla y su padre, Luis A. Ferré, incluso llegó a ser gobernador de Puerto Rico de 1968 a 1972, como miembro del Partido Nuevo Progresista (PNP) que apoya la estadidad. Según el historiador Juan Ángel Giusti Cordero, el control de la familia Ferré se ha notado en “los grandes negocios, el estado, la política partidista, el periodismo, la filantropía, la religión, la educación superior, las bellas artes, y la ciudad de Ponce entera” y “para los más cínicos, Rosario Ferré sencillamente ha extendido el ‘cartel’ a un campo que hasta los 1970 había eludido a su familia: la literatura”.³²

Luego, Ferré también ha sido acusada de traición y de oportunismo cuando

²⁹ Cf. Miñi Seijo Bruno, *La insurrección nacionalista en Puerto Rico-1950*, Río Piedras. Edil, 1989.

³⁰ Javier Espinosa, “44 años de lucha por la independencia puertorriqueña. Lolita Lebrón”, *El Mundo*, miércoles 29 de julio de 1998, sección internacional o <http://www.elmundo.es/1998/07/29/internacional/29N0068.html>

³¹ Cf. Díaz Soler, *op. cit.*; pp. 339-339.

³² Juan Ángel Giusti Cordero, “De Pandora a Eleguá: una lectura histórica de Rosario Ferré, *The House on the Lagoon*”, *Historia y Sociedad*, VII (1994); p. 139.

admitió en “Puerto Rico, USA” (1998) que de ahora en adelante ya no apoyaba la independencia, sino la estadidad:

Puerto Ricans have already joined the first world, deeply involved with American interests. [...] independence would be sure to hurt Puerto Rico's economy. It would mean poverty, deteriorated health care and education, a disintegrating infrastructure and, worst of all, the disappearance of the Puerto Rican middle class. [...] The majority of Puerto Ricans prize their American citizenship. It represents for us economic stability and the assurance of civil liberties and democracy. On the other hand, we also cherish our language and culture. Thus, Puerto Rico's situation has historically been a paradox. I've lived through two plebiscites [1967-1993], both of them nonbinding, and have voted for independence. It was the only honorable solution, because losing our language and culture would have been a form of spiritual suicide. But conditions have changed. Latinos are the fastest growing minority in the United States, [...]. Bilingualism and multiculturalism are vital aspects of American society. [...] President Clinton recently declared, in no uncertain terms, that in order to become a state, Puerto Rico should not be forced to adopt English as its only official language and thereby abandon, possibly, its Hispanic culture. [...] Puerto Ricans have been Americans since 1898 [sic], and our culture and language remain as healthy as ever. We are no longer poor, undernourished or anemic. We are mulatto-mestizo, bilingual and proud of it. [...] As a Puerto Rican and an American, I believe our future as a community is inseparable from our culture and language, but I'm also passionately committed to the modern world. That's why I'm going to support statehood in the next plebiscite.³³

Al igual que Isabel en *La casa de la laguna*, Rosario Ferré identifica la independencia con pobreza y el riesgo de perder ciertos derechos democráticos, insiste en la importancia del bilingüismo y afirma su compromiso tanto con su cultura puertorriqueña como con el mundo moderno. La única diferencia entre la postura de la protagonista Isabel y la de Rosario Ferré consiste en que Isabel no vota por ser indecisa mientras que Rosario Ferré, desde 1998, ya no apoya la independencia sino la estadidad.

Finalmente, recordamos que la decisión de Ferré de publicar primero en inglés a partir de *The House on the Lagoon* (1995) ha ofendido a muchos isleños: para ellos, escribir en el idioma del país ‘colonizador’ significa vender el alma puertorriqueña.³⁴ En *The House on the Lagoon*, Quintín señala que la elección del inglés como lengua creativa para su esposa Isabel fue motivado por la búsqueda de un público amplio: “If she had written her novel in Spanish and

³³ Rosario Ferré, “Puerto Rico, U.S.A”, *The New York Times*, jueves 19 de marzo de 1998 (late edition, final section A, page 21, column 2) o <http://www.geocities.com/capitolhill/8628/ferre.html>. Para una crítica de este artículo, véase por ejemplo Ana Lydia Vega, “Carta abierta a Pandora”. *El Nuevo Día*, martes, 31 de marzo de 1998 o <http://www.geocities.com/capitolhill/8628/vega.html> y Liliana Cotto, “Carta abierta a Rosario Ferré”, sh:*El Nuevo Día*, miércoles, 8 de abril de 1998 o <http://www.geocities.com/CapitolHill/8628/cotto.html>

³⁴ Véase, por ejemplo, Javier Espinosa, “¿Por qué hiciste eso, Agapito?”, *El Mundo*, viernes 31 de julio de 1998, sección internacional o <http://www.el-mundo.es/1998/7/31/internacional/31N0080.html>

published it in Puerto Rico, why, only a handful of people would read it! But if she published in the United States, thousands would read it".³⁵ Es muy significativo que en la versión española esta justificación en base a razones comerciales haya sido omitida, tanto más que ni siquiera se menciona la edición en inglés. La propia Rosario Ferré, por su parte, dice publicar en inglés sobre todo porque quiere saber lo que vale su obra, sin la fuerza (¿y quizá también la maldición?) de su apellido:

aunque el castellano es mi lengua, mi patria, mi primer idioma, yo quería salir fuera del ámbito hispánico: quería llegar a Europa. [...] No considero que eso sea una traición, sencillamente porque para mí la literatura es una [...] Además, yo no escribo sólo en inglés; he seguido escribiendo en español. Y desde que publico en inglés, en español mis libros se han vendido mucho más. [...] Aquí en Puerto Rico se planteaba siempre la cuestión de si tenía éxito porque era buena escritora o porque era "hija de Ferré". [...] Entonces yo quería validarme, tener éxito donde no fuera hija de nadie; donde nadie me conociera. El éxito que he tenido quiere decir que la obra vale aunque los lectores no puedan identificar el apellido.³⁶

Además, claramente confirma su compromiso con Puerto Rico:

Creo que ser reconocido en términos universales es mejor para Puerto Rico, porque yo creo que mis libros lo dan a conocer. Quiero que la gente nos respete como puertorriqueños y como pueblo que hemos mantenido la dignidad a pesar de todas las barbaridades que se han cometido contra nosotros. A veces me siento acusada injustamente cuando me dicen que he sido traidora al escribir en inglés, porque aunque sea en inglés, en español o en francés o en lo que sea, de lo que estoy hablando es de Puerto Rico y haciendo que la gente conozca lo que somos y lo que ha sido nuestra historia y dando el testimonio de nuestro sacrificio, hasta cierto punto, como pueblo.

Algunos críticos puertorriqueños, sin embargo, no se conforman con la manera como Rosario Ferré representa la sociedad y la historia de Puerto Rico: Lola Aponte Ramos, por ejemplo, la inculpa de acomodar su mundo a "la mirada ávida de exotismos coleccionables" y de "reducir las posibilidades narrativas a lugares comunes", para que su texto sea "digerible" por un "amplio público lector de centro".³⁷ Juan Ángel Giusti Cordero, por su parte, llama la atención sobre el esquematismo con el que *The House on the Lagoon* recrea las opciones políticas, el espacio geográfico de San Juan y, sobre todo, las identidades étnico-culturales, dejando fuera "lo puertorriqueño más criollo [...] expresivo de una 'hispanoantillanía' popular blanca, negra y quizá ante todo mulata".³⁸

³⁵ Rosario Ferré, *The House on the Lagoon*, op. cit., p. 151.

³⁶ Carmen Dolores Hernández, "Entrevista a Rosario Ferré", *Revista Domingo, El Nuevo Día*, 6 de agosto de 2000; p. 19.

³⁷ Lola Aponte Ramos, "Recetario para el novelar híbrido: Esmeralda Santiago y Rosario Ferré", *Nómada*, 3 (1997); p. 35.

³⁸ Cf Giusti Cordero, op. cit.; p. 132.

Sospechamos que, de vez en cuando, *La casa de la laguna* efectivamente simplifica la particularidad puertorriqueña.

De todo lo expuesto, podemos concluir que *La casa de la laguna* representa la cuestión del estatuto de Puerto Rico con bastante indecisión y desilusión. Mediante unas estrategias narratológicas como el dialogismo, la metaficción y la ironía, la narradora sugiere que no hay una sola verdad y cuestiona cada una de las tres opciones políticas. El ELA no se puede mantener para siempre: un día habrá que elegir. La opción independentista (con su cara suave y su cara dura) también se pone en tela de juicio, puesto que los personajes independentistas tienen una motivación ambigua. Isabel y Abby se debaten entre el ideal independentista y su pasión por el mundo moderno, Rebeca anhela que su patria sea libre porque ella misma no lo puede ser, el español Buenaventura ni siquiera se atreve a hacer pública su simpatía independentista, el compromiso de Petra es meramente instintivo, Manuel no se involucra en la lucha por la independencia sino para complacer a su novia y para vengarse de su padre y Coral, bajo la influencia de los AK 47, confunde la independencia con el socialismo y acaba por justificar la violencia. Por lo general, el ideal independentista —a veces reducido a la defensa del español— no sólo se ve contrariado por unos intereses económicos y por el miedo de perder la protección de la democracia norteamericana, sino que también es desprestigiado por el terrorismo que los nacionalistas creen justificado. La estadidad, por último, tampoco se presenta de manera muy positiva. Quintín no se siente puertorriqueño sino estadounidense y menosprecia a las Antillas vecinas. Además, aleja de sí a su propio hijo Manuel por sus prejuicios raciales y su radicalismo político. Su suegro, Arístides, incluso llega a atentar contra sus hermanos puertorriqueños y causa la Masacre de Ponce. La esposa de Arístides, Madeleine, encarna la arrogancia norteamericana y don Esteban el 'American Dream'. También llama la atención que en el caso de Isabel, Quintín, Rebeca, Petra y Manuel, la motivación política se sitúe más bien a nivel personal: el debate político se transpone al ámbito de las relaciones familiares o amorosas. ¿Será una estrategia deliberada de la autora para evitar que su obra literaria sea un manifiesto político?

En lo que concierne a la selección y presentación de hechos históricos, sí parece que *La casa de la laguna* intenta invertir la historia en favor de EE.UU. (¿y, por tanto, beneficiar la anexión?). La narradora empieza el relato en 1917, cuando el pueblo puertorriqueño obtiene la ciudadanía estadounidense, representada además de manera extremadamente positiva, retrata a Albizu Campos como un terrorista mártir y si todavía cuenta la Masacre de Ponce con cierta simpatía hacia las víctimas nacionalistas, después solamente da la visión devastadora de Quintín sobre el nacionalismo.

Luego, al relacionar la representación de la cuestión política en la novela con la postura de la autora, hemos comprobado que *La casa de la laguna* refleja

varios argumentos de Rosario Ferré para explicar su antiguo compromiso con la independencia y su actual apoyo a la estadidad. Y como era de suponer, es la postura de la protagonista Isabel la que más se acerca a la actitud política de la autora. En resumen, se vislumbra que la narradora de *La casa de la laguna* enfoca la historia y la política de Puerto Rico a través de la lente de una antigua independentista y recién convertida estadista, aunque de ningún modo pretende estar en posesión de la verdad absoluta.

Ann Van Camp
Universidad de Gante
Bélgica

LITERATURA HISPANOAMERICANA